

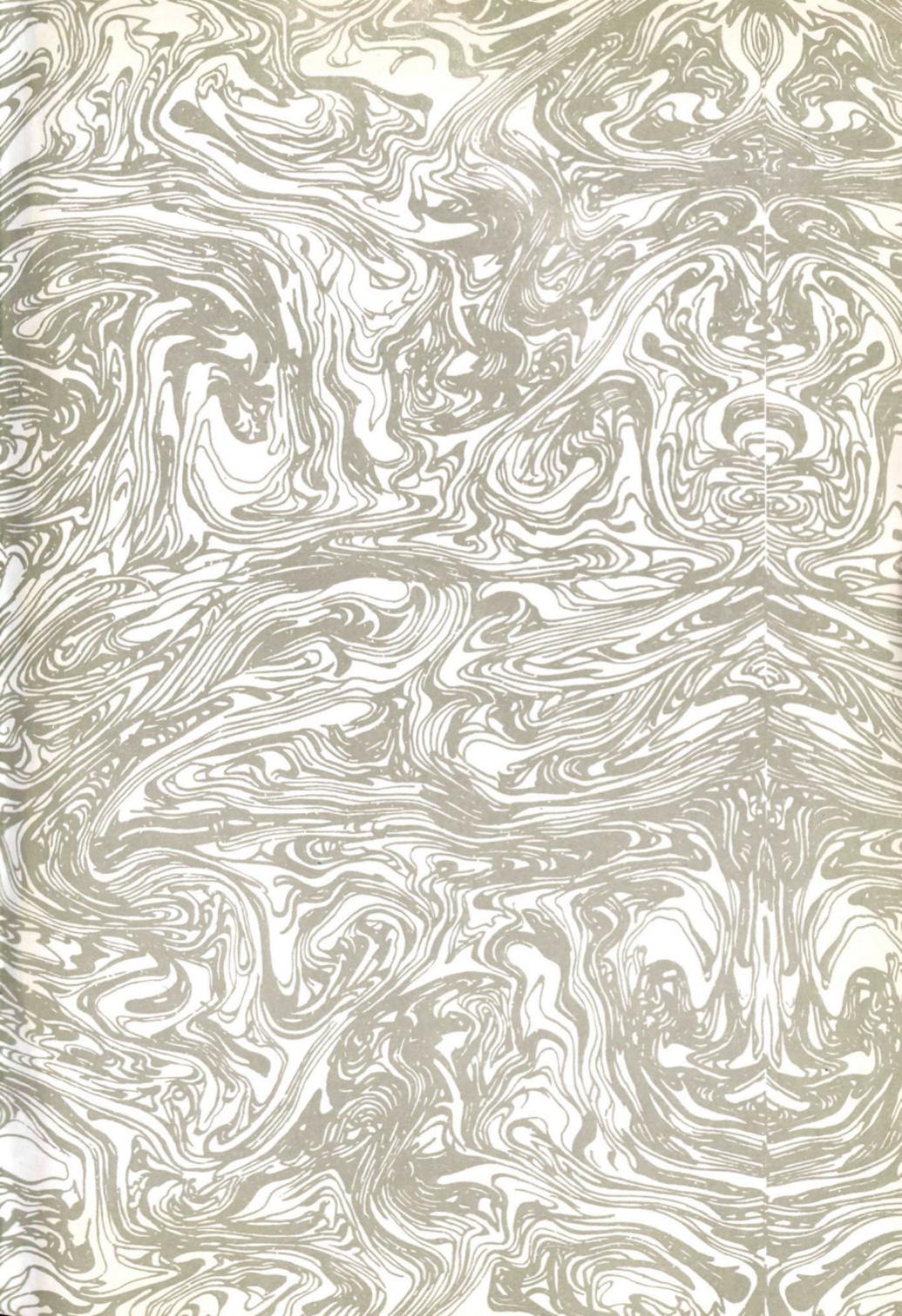
RODRIGUEZ SOLIS

EL ALCALDE
DE MOSTOLES

B.R. Madrid

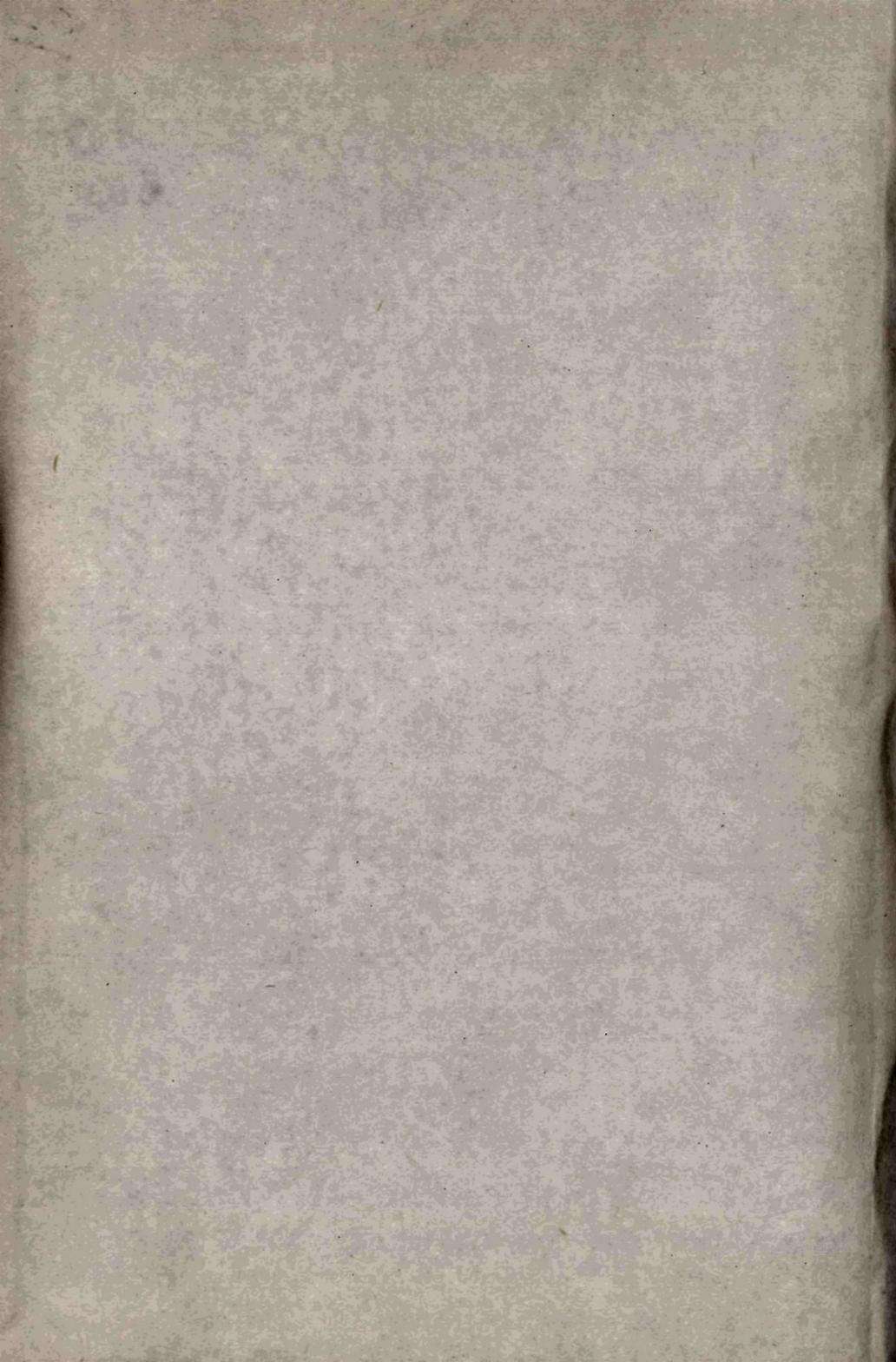
2100

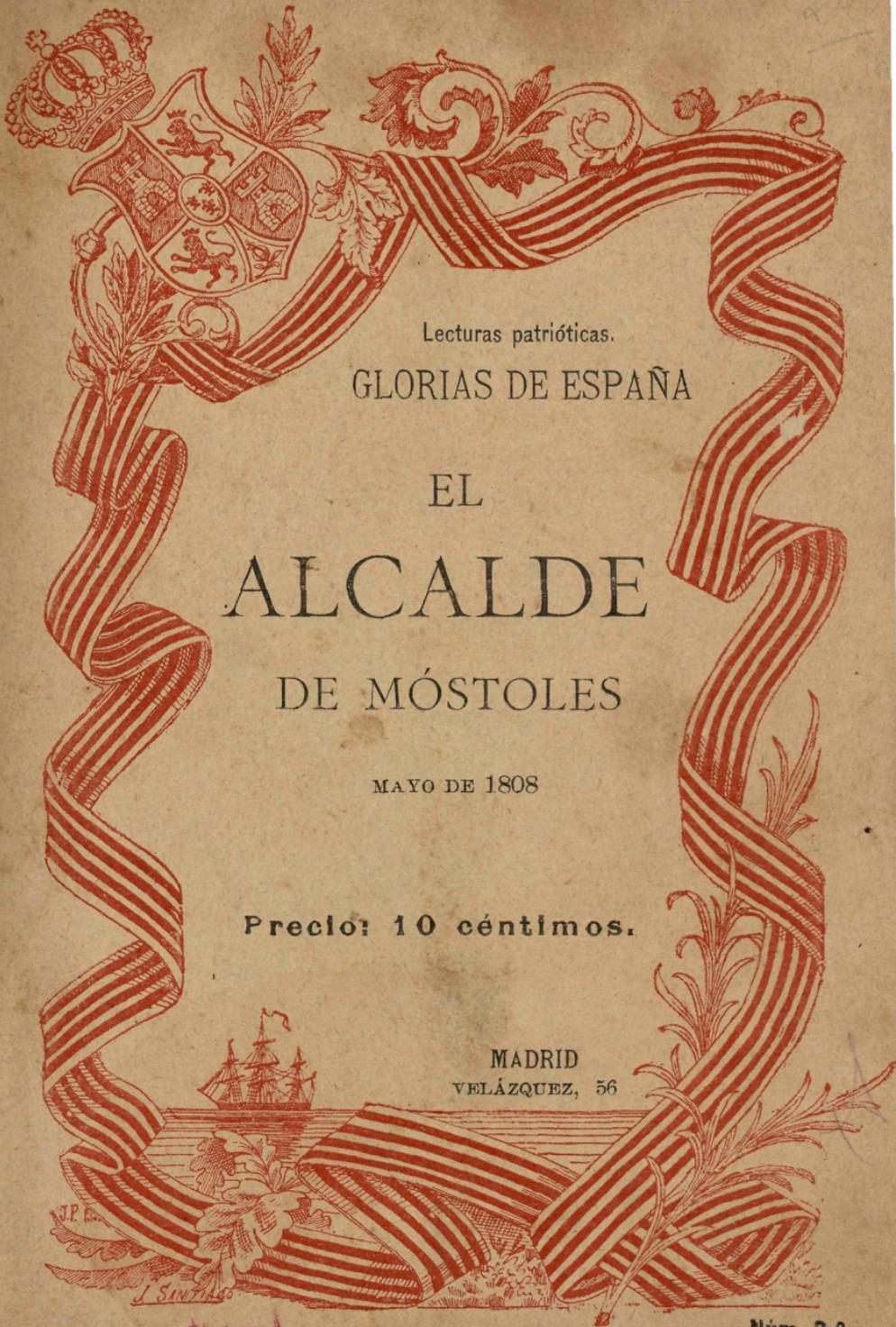




B.
TOR
rod







Lecturas patrióticas.

GLORIAS DE ESPAÑA

EL

ALCALDE

DE MÓSTOLES

MAYO DE 1808

Precio: 10 céntimos.

MADRID

VELÁZQUEZ, 56

J.P. E.

J. SANTIAGO

EUGENIO DE TORRES, Librero, Calle

Núm. 3.º

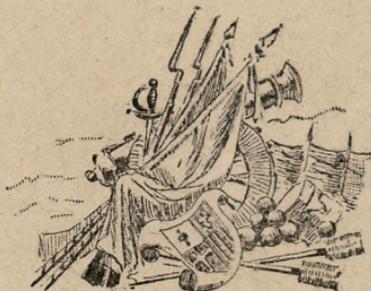
A-588

GLORIAS DE ESPAÑA

R
18102

EL ALCALDE DE MÓSTOLES

NARRACIÓN HISTÓRICA



C.A.
2
11
u.e.x.
240

MADRID

Oficinas de «La Última Moda.»

VELÁZQUEZ, 56



Es propiedad.—Reservados
los derechos artísticos y lite-
rarios.



El alcalde de Móstoles.

¿Qué es, y qué representa en nuestra patria el alcalde de Móstoles?

Mucho y nada.

El alcalde de Móstoles fué el iniciador del levantamiento popular más grande, más potente y más patriótico que registra la historia.

¿Quiére ésto decir que sin el célebre parte del alcalde de Móstoles no habría estallado la guerra?

Llenad de gas los tubos subterráneos que en numerosas ramificaciones atraviesan una gran ciudad: la luz estará encerrada en ellos próxima á difundir sus clarísimos rayos; pero ¿de qué servirá si falta la chispa que ha de convertir el gas en alumbrado, las tinieblas en hermoso fulgor?

El parte del alcalde de Móstoles fué la chispa que produjo la llama de nuestra independencia, la colosal hoguera á cuyo fuego había de fundirse la vencedora espada del capitán del siglo, la corona y el cetro del hombre que había podido llegar á considerarse soberano de Europa.

La guerra habría estallado de todos modos; pero más tarde y acaso no tan grande y poderosa como estalló desde

Badajóz á Oviedo y desde Cádiz á Navarra, al recibir el famoso parte del alcalde de Móstoles, documento importantísimo por lo grande del pensamiento que entraña y lo atrevido de la acción que representa.

Se ha dicho, como veremos más tarde, que el tal parte le fué sugerido por otra persona; pero conste que él sólo aceptó toda la responsabilidad, hallándose como se halla la villa de Móstoles á tres leguas de Madrid, donde dominaban por completo los franceses, y que él sólo se encargó de trasmitirlo á toda España, con tal celeridad, que habiendo partido el 3 de Mayo de Móstoles, llegaba el 5 á Badajoz, que dista más de sesenta leguas de la célebre villa.

No debemos privar al modesto, pero heroico alcalde, de la gloria que legítimamente le pertenece, en una época en que España sola, abandonada, sin ejércitos, sin armas y sin dinero, se atrevió á declarar la guerra al vencedor de Europa.

II

Don Andrés Torrejón era en el mes de Octubre de 1794 un hombre de cincuenta y ocho años, puesto que había nacido el 30 de Noviembre de 1736, y su fisonomía era tan expresiva, como generoso su corazón consagrado por completo al cariño de sus semejantes.

Había tenido una hermana que al morir dejó á su bondadoso cuidado un niño de seis años; y como en el pueblo donde todos le estimaban por su noble y bondadoso carácter, le llamaban «padre de Antonio», el buen D. Andrés decidió cumplir los deberes que había aceptado al considerar como hijo al huerfanito, conservándose libre á pesar de que no dejaban de aconsejarle sus amigos que buscase una compañera para que le cuidase en la vejez, ya que de joven no había tropezado con su media naranja. Pero la Providencia había dispuesto que no fuese sólo padre adoptivo de su sobriño, sino además jefe de toda una familia.

Una tarde que se había detenido más de lo regular visitando unos campos de su propiedad, y cuando la noche había cerrado completamente, el Sr. de Torrejón, que seguro de su cabalgadura llevaba suelta la brida é iba distraído, sufrió un ligero bote del caballo y sorprendido detuvo su marcha.

A favor de la escasa claridad de la luna, vió en medio del camino una forma humana que lanzaba tristes y dolorosos sollozos, con los que se mezclaba el llanto de una criatura.

Se apeó acto continuo, y aproximándose al grupo de donde partían los lamentos, vió á una mujer en el más triste y miserable estado, que estrechaba convulsivamente contra su pecho á una niña que podría tener de cuatro á cinco años.

—¿Qué es eso, buena mujer? ¿Qué le sucede á usted?... ¿Por qué llora?—preguntó.

La infeliz volvió la cabeza, levantó sus ojos que eran hermosos, y sin articular una palabra, los fijó en su hija.

La niña con voz débil balbuceó:

—Mi mamá está malita, muy malita: dice que vá á morir-se, y yo no quiero que se muera.

—¡Diablo, ni yo tampoco!... exclamó D. Andrés acariciando las pálidas mejillas de la niña. —¿Cómo te llamas?

—María...

—¿Y tu mamá?...

—Cecilia.

—¿De dónde son ustedes? ¿A dónde van?

—Venimos de muy lejos: yo quería andar; pero mamá se empeñó en llevarme en brazos. Como se fatigaba la prometí que andaría... y anduve ¡vaya si anduve!... Pero me dolían mucho los piés... y aunque no me quejaba para no afligirla, ella lo comprendió y me cogió de nuevo en brazos. Llevamos caminando más de tres días, y ahora que íbamos á llegar, mamá se ha demayado, y dice que se vá á morir...

Mientras oía aquel interesante relato, había sacado D. Andrés de las alforjas que llevaba en la grupa del caballo, un

frasco de aguardiente y humedeciendo con algunas gotas los secos labios de la desgraciada mujer, no tardó ésta en recobrar el conocimiento.

—¿Pero á qué punto se dirigían ustedes?

—A Madrid; dicen que es un pueblo muy grande... ¿verdad?... ¿Has estado tú en Madrid?—añadió la niña tuteando á D. Andrés con esa familiaridad propia de los rapaces.

Sí, hija mía, algunas veces.

—Pero mira, ya vuelve á abrir los ojos mi mamá—dijo acariciando con sus manecitas el rostro de su madre.— ¡Mamá, querida mamá... no te mueras, por Dios!

—¡Ah! señor, quien quiera que usted sea, que el cielo le bendiga.

—Calle usted, por Dios, que yo hasta ahora nada he hecho que merezca esas bendiciones.

Y D. Andrés al hablar así, fijó sus miradas en la viajera.

Era una mujer de unos veintiseis á veintiocho años, de ojos garzos, de profundo y encantador mirar, de tez morena, de labios sonrosados y espaciosa frente. Su aspecto aunque miserable, revelaba á una mujer nacida en buena cuna, de hermosas facciones aunque demacrada por los sufrimientos.

—¿Hay mucha distancia desde aquí hasta Madrid?

—Más de tres leguas, señora; pero si usted no lo lleva á mal, yo tengo una casa á su disposición en el cercano pueblo de Móstoles. Esta noche descansa usted en ella y mañana temprano yo mismo la acompañaré á usted á Madrid. Creo que mi caballo es bastante fuerte para conducirnos á los tres hasta mi albergue. Con que, ánimo y acceda usted á mi ruego.

—Sí, mamá... Este señor tan bueno dice bien. Si tú supieras cuánto me gusta á mí ir á caballo...

—Doy á usted gracias por su oferta, caballero; pero no sé si debo aceptarla.

—Ya lo creo que sí. Soy algo tosco, como buen paleta;

pero crea usted que lo que ofrezco es con toda mi alma... Así pues, no se hable más del asunto, y á caballo.

El buen D. Andrés colocó á Cecilia sobre la silla con el mayor cuidado, luego sentó á la pequeña María en el regazo de su madre, y montando él en la grupa del caballo, partieron los tres á buen paso.

—Yo también tengo un niño—dijo el Sr. Torrejón á María.

¿De veras? Cuanto vamos á jugar los dos...

—¡Ah! ya me explico el interés que hemos logrado inspirarle á usted. ¿Es usted padre?

—Yo, diré á usted señora: sí y no. Esto parecerá á usted extraño. Soy padre y no lo soy; pero es la pura verdad. No soy padre, porque jamás he tenido hijos, y lo soy porque vive en mi compañía un pobre huérfano, sobrino mío, á quien su madre al morir encomendó á mi cuidado. Y por Dios que el chiquillo es travieso como él solo... y me quiere casi tanto como quería á su pobre madre... pero éstas son historias tristes que á nada conducen...

Y espoleando al caballo, dieron en breve vista al pueblo, deteniéndose á poco delante de una hermosa casa.

Cuando D. Andrés ofreció la mano á Cecilia para bajar, la de la viajera ardía, y la suya temblaba.

¡Hola! ¡eh!—gritó el Sr. Torrejón á varios criados que se presentaron y que miraban con curiosidad á Cecilia.—Avisad á la señora Catalina que tenemos huéspedes, para que prepare en seguida la habitación principal. Ven acá pícaruelo—añadió, recibiendo en sus brazos á un niño de seis años que salió á su encuentro.—Mira que niña tan guapa te traigo para que juegues con ella.

Poco después los recién llegados y el niño penetraron en una sala baja.

—¿Qué tal se siente usted?—preguntó á la viajera.

—Mal; tengo mucha pesadez de cabeza y una gran opresión en el pecho.

—Catalina, prepare usted lo conveniente para ésta señora

que está algo enferma, mientras iba en busca del médico.

—¿Vá usted á molestarle? ¡No, por Dios!

—No es molestia, el doctor vive cerca, somos vecinos... y voy y vuelvo en un decir Jesús. Antoñico, cuida mucho á María.

La advertencia era inútil, porque los dos niños muy contentos y entretenidos jugaban ante el hogar, como si toda su vida hubieran vivido juntos.

No tardó en llegar el médico, sabio doctor que había gozado en Madrid de merecida fama, retirándose á Móstoles donde poseía algunos bienes, y declaró que Cecilia sufría una fiebre gravísima y que era inútil pensar en el proyectado viaje á Madrid. Ordenó que en el acto la condujeran al lecho, y recetó varias medicinas, ofreciendo volver al día siguiente muy temprano.

Cecilia fué llevada á la habitación principal de la casa y colocada por el ama de gobierno en una buena cama.

D. Andrés entró después en la estancia, quedando al cuidado de la enferma. Esta pareció dormirse; pero el sueño duró poco. Su respiración era fatigosa; no tardó en sobrevenir el delirio, y algunas frases escapadas á la viajera, tales como: «Yo amo á Enríque, y no seré de otro... María es mi hija... Soy su esposa», hicieron comprender al honrado Sr. Torrejón, que en la vida de aquella desdichada se encerraba algún triste secreto.

D. Andrés no se apartó un instante de su lado, y quizás algún malicioso habría sospechado que en el esmero de sus cuidados y en la expresión de sus miradas había algo más que compasión... Pero dejémonos de malicias y continuemos nuestro relato.

III

Tres días pasaron en una cruel incertidumbre, y el cuarto declaró el médico que la enferma se hallaba fuera de peligro, si bien sería larga la convalecencia.

La casa de D. Andrés, antes risueña y alegre, se había trocado en una triste morada.

—El Sr. de Torrejón—decía la vieja Catalina—está muy preocupado y cuida con el mismo esmero á los dos niños... ¡hum!... Esto no es natural.

Con efecto, D. Andrés se sentaba á la mesa y apenas comía; apenas salía de casa, no jugaba su partida de tresillo con el señor Cura, y su única distracción era acompañar y cuidar á la enferma.

Por fin, después de un mes largo y penoso, Cecilia empezó á recobrar las fuerzas, y una tarde declaró al sorprendido señor Torrejón, su deseo de referirle el misterio de su vida.

—Inútil me parece decir á usted —añadió—que voy á confiarle la honra y la vida de mi hija, descubriéndole el motivo que me llevaba á Madrid, y que me ha traído á su casa.

—¡Señora!...

—Tengo en usted la misma confianza que si fuera mi confesor; y voy á hablarle como si me hallase en peligro de muerte.

D. Andrés comprendió que en aquel preámbulo anunciaba un tristísimo relato.

Cecilia incorporada en el lecho, comenzó á referirle la historia de su vida.

—Me llamo Cecilia Perezagua—dijo—y he nacido en Toledo. Mi padre deseaba unirme á un caballero de la Corte, y yo le obedecía si no contenta, resignada al menos, cuando un día pasó bajo mis balcones un joven oficial de la guarnición, mirándome con tal insistencia que me obligó á bajar los ojos, y dió lugar á las reconvenções de mi madrastra, joven madrileña con quien mi anciano padre se había desposado en segundas nupcias. Desde aquel día el recuerdo del oficial me perseguía á todas horas. Por fin, Enrique, que así se llamaba, me dirigió apasionadas cartas, me juró

amor eterno al pié de mi reja, y todo parecía sonreírme cuando una noche mi cruel madrastra condujo á mi padre hasta mi cuarto, y éste me prohibió volver á ver á Enrique negándose obstinadamente á concederle mi mano. Aquella noche fué para mí el primer eslabón de una larga cadena de desdichas, pues no tardé en saber que si mi madrastra obligó á mi padre á negarme su consentimiento, fué por que estaba enamorada de Enrique.

—¿Y él?...

—Enrique, que me amaba con delirio, dispuso las cosas de manera que una mañana en que yo salí con mi doncella á oír misa en la Catedral, bendijera un sacerdote nuestra unión en la capilla de Santiago, y de esta unión nació María.

D. Andrés respiró como el hombre que arroja de sí un gran peso.

—Mi padre, al saberlo, me desheredó, me maldijo, y gracias á que en su hora postrera pude alcanzar su perdón, ya que sus bienes fueron todos á poder de mi madrastra; y sin embargo, yo no había cometido delito alguno. Dos años permanecimos en Toledo, y uno en Talavera, sufriendo las mayores privaciones, cuando la guerra de Cataluña obligó á mi esposo á formar parte de la expedición, que para salvar á Figueras, acaudilla el general Conde de la Unión. Han transcurrido cinco meses... he agotado los recursos de que disponía, he caminado á pié llevando en brazos á mi pobre hija para llegar á Madrid y obtener noticias de mi esposo, y mi propósito era ponerme á trabajar... á mendigar en caso necesario.

El esfuerzo que hizo para contar sus desventuras había sido grande, y Cecilia sufrió un desfallecimiento.

El Sr. de Torrejón enjugó una lágrima que asomó á sus ojos, y después de dirigir á la enferma algunas sentidas frases, la propuso un medio de conciliarlo todo; á saber, que él partiría á Madrid y vería al ministro con más facili-

dad que ella; y si era preciso, trataría de buscarla una colocación.

Esta última parte de su oferta era un ardid, porque don Andrés se había propuesto que Cecilia no saliera de su casa si había ocurrido alguna desgracia á su esposo.

IV

A la mañana siguiente montó el Sr. de Torrejón á caballo, y una hora después llegaba á Madrid. Por mediación de un amigo suyo, D. Juan Pérez Villaamil, persona de no escaso valimiento, pudo llegar al Ministerio de la Guerra, donde supo que el general Conde de la Unión había sido derrotado y muerto bajo los muros de Figueras con gran número de oficiales, entre los que se contaba á D. Enrique de Sástago, el esposo de Cecilia.

Dolorosa fué la noticia para D. Andrés, que triste y cabizbajo volvió á Móstoles; y como su fuerte no era el disímulo, á las pocas palabras cambiadas con Cecilia, comprendió ésta toda la intensidad de su desdicha, Su enfermedad se agravó de nuevo, y otra vez tuvo el médico que salvar la vida de aquella desgraciada tan cruelmente tratada por la suerte.

Más como no hay bien ni mal que cien años dure, Cecilia recobró la salud, gracias á los cuidados de D. Andrés y á los cariños de María, que no quería que su mamá se muriera.

Entonces el Sr. de Torrejón, teniendo en cuenta su delicadeza y á pretexto de los achaques y vejez de la señora Catalina, la propuso que se quedara en su casa como ama de gobierno; y fueron tantos sus ruegos y tantas las súplicas del pequeño Antonio, que no quería dejar partir á su amiguita María, que Cecilia no pudo menos de aceptar.

Así transcurrieron dos años.

La gente de los pueblos es por lo regular murmuradora,